

América Latina ante la globalización

Manuel Medina Ortega

1. Introducción

Se suele designar con el nombre de «América Latina» el vasto espacio que se extiende desde los Estados Unidos hasta el Antártico, con una población global de unos quinientos millones de habitantes. La ma-



Vista de la ciudad de Lima

yor parte de este territorio está ocupado por poblaciones de lengua española y portuguesa. La República de Haití y los Departamentos franceses de ultramar de Guadalupe, Guayana y Martinica, así como la pequeña isla de soberanía franco-neerlandesa de San Martín, añaden unos millones de francófonos que justifican la denominación de «latina» frente a otras más específicas como «Iberoamérica» e «Hispanoamérica», aunque esta última excluiría a Brasil. Finalmente, los territorios caribeños

de lengua neerlandesa (Surinam, Aruba, Curaçao, San Martín holandés y otras islas antillanas) y de lengua inglesa (Jamaica, Trinidad y Tobago, Belice, Santa Lucía, San Vicente, Granada, Barbados, Bermudas, Bahamas, Caimán, Turcos y Caicos, Vírgenes británicas y americanas y otros) no forman parte, en puridad, de la América latina, como tampoco lo forma el Estado Libre asociado de Puerto Rico, que es parte de la Unión norteamericana. Pero no resulta fácil, de hecho, esta separación, y en los últimos años se está produciendo una convergencia de muchos de estos territorios con la América latina, aunque no es éste el caso de Puerto Rico y las Vírgenes americanas, vinculadas a Estados Unidos.

La América latina se puede dividir en cuatro zonas, aunque de no fácil delimitación:

México, la América central, el Caribe insular y la América del Sur, aunque la zona caribeña propiamente dicha incluye también los territorios continentales del Norte de América del Sur y de América central y de México, así como la franja costera de los Estados Unidos, de Tejas a Florida.

La orografía y la hidrografía continentales establecen otras subdivisiones del espacio latinoamericano: el espacio andino y las cuencas del Plata, del Amazonas y del Orinoco en la América del Sur y una multi-

tud de subregiones en la América central. En torno a estos ejes geográficos diferenciados se aglutinan pueblos de diferente origen étnico que confieren su identidad al conjunto de los Estados de la región: desde la componente mayoritariamente blanca de la Cuenca del Plata hasta las mayorías negras del Caribe y la importante componente india en los países andinos, en la América central y México. Podríamos decir que en la misma esencia de la América latina está esa pluralidad étnica que constituye un arco iris de pueblos y razas.

En el inicio del proceso de globalización se encuentra la América latina. Españoles y portugueses, durante el siglo XVI, rompieron el cerco que el Islam impuso a Occidente con su ocupación de los Balcanes y de Constantinopla durante los siglos XIV y XV, descubriendo un nuevo continente allende el Océano y abriendo nuevas rutas para el comercio internacional a través de los mares.

La expansión occidental en el continente americano produjo un efecto devastador sobre las civilizaciones allí establecidas. Testigos presenciales como el Padre Las Casas o el conquistador Bernal Díez del Castillo describieron la forma en que los españoles acabaron con los pueblos sometidos, físicamente a través de las guerras, la esclavitud o las epidemias, y espiritualmente, al privarles de sus creencias y de sus estructuras sociales y políticas. Conquistadores, misioneros y colonos se consagraron durante siglos a extirpar a los pueblos y las culturas sometidas. Las sociedades que emergieron de este proceso de conquista, evangelización y dominación económica resultaron profundamente desiguales, con una capa superior blanca, «globalizadora», en estrecho contacto con las clases dominantes europeas, y unas capas de población sometidas, esclavos negros o aborígenes indios, que constituían la mano de obra

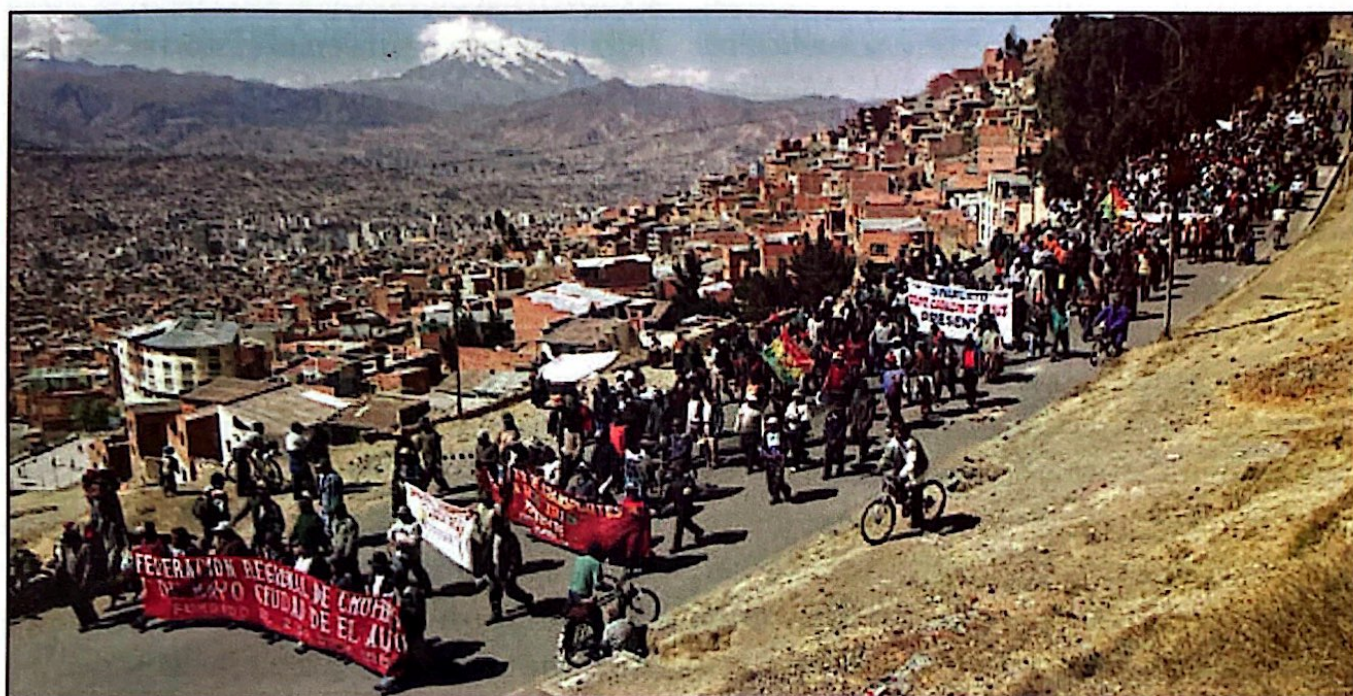
barata o gratuita que la clase dominante necesitaba para participar en el comercio mundial en condiciones competitivas.

Durante el período colonial, el comercio estuvo físicamente controlado por las coronas española y portuguesa, que no permitían interferencia alguna de competidores europeos. Ingleses, franceses, holandeses, e incluso daneses, se tallaron imperios coloniales a costa de españoles y portugueses, recurriendo a la piratería en el mar o al asalto frontal a plazas fortificadas como Cartagena de Indias. Pero España y Portugal consiguieron retener en sus manos la mayor parte de los territorios que les atribuyeron las bulas pontificias en el siglo XV. Los privilegios reales configuraron las clases dominantes criollas, que se beneficiaban de la explotación colonial de indios, negros, mestizos y mulatos.

La independencia de la América latina supuso el traslado del poder de los virreyes y gobernadores nombrados por los monarcas peninsulares a las minorías criollas que controlaban la tierra y el comercio. La libertad de comercio permitiría a esa clase dominante insertarse en la economía liberal mundial que impulsa Inglaterra en el siglo XIX, sin que se produjera una transformación social profunda en la América latina. Hay que esperar al siglo XX para que surjan los movimientos indigenistas y revolucionarios, primero en México, durante el largo período de tiempo conocido con el nombre de «revolución mexicana», a partir de 1910, y luego, y sobre todo, a partir de la terminación de la segunda guerra mundial, con el desarrollo de los movimientos guerrilleros de extrema izquierda, como el castrismo cubano, el sandinismo nicaragüense, el Frente Farabundo Martí de El Salvador o las diferentes organizaciones guerrilleras colombianas. Salvo Cuba, donde la conquista de La Habana por Fidel Castro en la Nochevieja de 1958 permitió

instaurar un régimen marxista, en el resto de la América latina estos movimientos revolucionarios fueron derrotados y exterminados (Bolivia), confinados a zonas marginales (Colombia) o forzados a aceptar su participación en el juego político como organizaciones minoritarias. Los intentos de llevar a cabo transformaciones políticas por medios democráticos fueron también frustrados por la fuerza: Rómulo Gallegos en Venezuela, Jacobo Arbenz en Guatemala,

Brasil, Colombia y Costa Rica, el plátano de América central, la caña de azúcar y el tabaco cubanos o el petróleo de Venezuela. Los beneficios de los períodos de apogeo de estos distintos productos sirvieron para apuntalar a las minorías dominantes, que no dudarían en hacer ostentación de sus riquezas, por contraste con la permanente pobreza de amplias capas de la población. Cuando Perón, en Argentina, adopta medidas de reparto de la riqueza, la economía



Manifestación de mineros en El Alto, Bolivia

Getulio Vargas y Janio Quadros en Brasil, Allende en Chile. Ante esta situación, las izquierdas latinoamericanas se resignaron entonces a aceptar el mantenimiento del status quo, asumiendo el papel de movimientos reivindicativos legalizados, pero sin aspirar a conseguir una alteración profunda de las estructuras sociales, económicas o políticas.

La inserción de la América latina en la globalización liberal del siglo XIX y primera parte del XX se basó casi exclusivamente en la explotación de materias primas: el cobre de Chile, el estaño de Bolivia, las pieles de Argentina y Uruguay, el café de

de este país pierde capacidad competitiva, al aumentar los costes de las materias primas que tienen una desfavorable relación de intercambio en el comercio internacional. Las medidas socializadoras de Allende en Chile también debilitaron la capacidad competitiva de una economía basada principalmente en exportaciones de materias primas a bajo precio.

2. El estado de la globalización

El punto de partida de la reflexión sobre la globalización debe ser objetivo. Plantearse la cuestión de la globalización en

términos dogmáticos no ayudará a resolver los problemas que presenta, sino a confundirlos.

El estadio actual de globalización de la economía, de la sociedad y de la cultura es el resultado de un largo proceso no necesariamente lineal. En el pasado, fases avanzadas de globalización han sido interrumpidas por movimientos de sentido contrario. Así, a la expansión de la economía romana en el ámbito mediterráneo durante la época imperial, sucedió una compartimentación de los espacios a raíz de las invasiones germánicas y, sobre todo, tras la conquista por el Islam del Mediterráneo occidental en el siglo VIII, como pusiera de relieve el magistral estudio del historiador belga Henri Pirenne *Mahoma y Carlomagno*. La universalización que siguió a los descubrimientos españoles y portugueses de los siglos XV y XVI resultó contenida por las reacciones que en el propio mundo occidental plantearon, primero las guerras de religión, y, más tarde, el mercantilismo de Cromwell y Colbert, de modo que, a finales del siglo XVIII, el mundo estaba compartimentado en imperios coloniales apoyados en monopolios comerciales: español, portugués, francés, inglés, e incluso ruso en el Asia central. La oleada librecambista generada por las teorías de Adam Smith y la consolidación del Estado liberal acabó con la aparición de políticas proteccionistas en Alemania, Francia, España, Estados Unidos y otros países de Europa y América. Entre 1914 y 1945, los conflictos económicos y políticos llevaron a una nueva compartimentación del mundo en espacios económicos e ideológicos a través de devaluaciones monetarias, barreras arancelarias, controles de identidad en fronteras y otras medidas restrictivas.

La fase actual de globalización se inicia a finales de la segunda guerra mundial, y es impulsada por los Estados Unidos, y

apoyada por los aliados de éstos, la Europa occidental y la «Commonwealth blanca» principalmente. Sesenta años después de los acuerdos de Bretton Woods de 1944, que dieron vida al Fondo Monetario y al Banco Mundial, este proceso de globalización ha premiado a sus promotores, mientras que cabe dudar de que sus resultados sean positivos para los restantes países.

Si dejamos de lado las objeciones de principio del bloque soviético al proceso de globalización «capitalista», el mayor esfuerzo doctrinal en busca de alternativas surge en la América latina en el grupo de economistas de formación «keynesiana» que se aglutinan en Santiago de Chile en torno a la CEPAL dirigida por el argentino Raúl Prebisch. Celso Furtado, Fernando Enrique Cardoso, Ricardo Lagos y otros economistas y sociólogos latinoamericanos elaboraron, en el oasis de paz intelectual y política del Chile anterior al golpe de Estado del general Pinochet del 11 de septiembre de 1973, la «teoría de la dependencia», en virtud de la cual los países «periféricos» estaban condenados a no desarrollarse política, económica o socialmente debido al papel que les asignaba el «centro económico mundial» o, si se quiere, el norte desarrollado, de suministradores de materias primas en una relación de intercambio desfavorable con respecto a los países productores de bienes elaborados. La CEPAL propuso una estrategia de «sustitución de importaciones» combinada con procesos de integración regional que permitieran reducir el efecto de dependencia. La estrategia de sustitución de exportaciones, practicada con celo a comienzos de los años sesenta, no produjo los efectos deseados. Los países latinoamericanos se endeudaron más allá de sus posibilidades, las medidas keynesianas produjeron hiperinflación y los procesos de integración fracasaron estrepitosamente. Una tras otra, las democracias latinoameri-

canas fueron siendo derribadas por golpes militares. La misma capital cepaliana, Santiago de Chile, fue objeto de bombardeos militares y de represión fascista en el crepúsculo de su dominio ideológico. Simbólicamente, la Junta Militar que derribó a Allende estableció su sede en el moderno edificio «Diego Portales», destinado por el Gobierno de la Unidad Popular a sede de la Conferencia de Comercio y Desarrollo de las Naciones Unidas.

El fracaso del modelo cepaliano llevó a buscar referencias en otros modelos. El crecimiento de Japón, con su peculiar sistema de economía capitalista basada en el respeto de la sociedad tradicional, y el éxito de los «cuatro dragones» (Corea del Sur, Hong Kong, Singapur y Taiwán) en el establecimiento de un sistema capitalista basado en bajos costes laborales, se ofreció como ejemplo a otras partes del mundo. En el mismo Extremo Oriente, Indonesia, Filipinas, Malasia y Tailandia, emularían a sus socios exitosos del ASEAN, embarcándose en una economía capitalista sin concesiones de carácter social o cultural.

En Chile, tras el fracaso de una primera fase autárquica del general Pinochet, un joven Ministro de Hacienda, Hernán Büchi, triunfó con el desarrollo de una política neoliberal, rebajando impuestos y aranceles y abriendo al mundo la economía chilena sobre la base de la ventaja competitiva que le daba contar con una mano de obra sumisa después de la represión del movimiento sindical por la dictadura. A comienzos de los años ochenta, las políticas neoliberales de Reagan y Thatcher vienen ayudadas por el sólido apoyo de los economistas de Chicago, herederos de Friedrich von Hayek y acaudillados por Milton Friedman. Los «Chicago boys» sustituyeron a los cepalianos en la América latina, e incluso les hicieron cambiar de ideas, según apunta la evolución intelectual de

Fernando Enrique Cardoso en Brasil y Ricardo Lagos en Chile. En Argentina, Domingo Cavallo logra enderezar la economía argentina a finales de los ochenta con un sistema de *currency board* que ya había sido experimentado con éxito en el Extremo Oriente. El triunfo definitivo del ideario neoliberal parece alcanzarse tras la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 y el subsiguiente desplome del bloque soviético a comienzos de los años noventa. Es entonces cuando el «espíritu de Davos», heredero de la «Tricontinental», se impone en todo el mundo, apoyado por las principales instituciones económicas internacionales: el Fondo Monetario, el Banco Mundial, la OCDE, la Unión Europea y la OMC, heredera del GATT.

La conclusión de la Ronda Uruguay con la firma en Marraquech, en 1994, del Tratado constituyente de la Organización Mundial de Comercio, marcó el punto culminante de la nueva globalización. A partir de entonces, la perspectiva de una economía globalizada en un horizonte próximo pasa de utopía a la factible realización inmediata. La Guerra del Golfo de 1990-1991 había dejado claro que sólo Estados Unidos seguía siendo potencia mundial, y, como la economía sigue a la política, las consecuencias en los ámbitos económico y social resultarían inevitables. Se abría un horizonte en el que las mercancías, los capitales y los servicios se desplazarían libremente. Incluso la mano de obra se desplaza, a pesar de las cortapisas legales, desde los países pobres a los ricos, ofreciendo la posibilidad real de un nuevo mundo homogéneo, si no intercultural, ya que domina la cultura occidental, sí multiétnico.

Pero hacia 1997 el modelo de Davos empieza a chirriar. El simple rumor de que Japón pudiera subir los tipos de interés, forzó a una retirada de capitales de las economías secundarias del Extremo Oriente, arra-

sando con los sistemas de *currency board*. América Latina, que ya había experimentado el «efecto tequila» unos años antes, sufre directamente el nuevo efecto monetario, y los países de la Europa central y oriental, y, sobre todo, Rusia, sufren devaluaciones y suspensiones de pagos.

En estas condiciones, la Cumbre de Seattle, de finales de 1999, se convirtió en el campo de batalla entre el movimiento globalizador y las fuerzas «antiglobalización»: sindicatos, agricultores, ambientalistas e intelectuales de izquierdas de todo el mundo recurren a un instrumento globalizador desarrollado por el Pentágono norteamericano, Internet, para concertar sus acciones contra los dirigentes políticos nacionales y las organizaciones internacionales, y contribuyen decisivamente al fracaso de la Cumbre comercial. Las posteriores reuniones en Praga, del FMI y del Banco Mundial, en Malmö, de la Unión Europea y Estados Unidos, y en Génova, en el verano del 2001, del Grupo de los Ocho, se convierten en verdaderas justas entre decisores globalizadores y movimientos callejeros antiglobalizadores. En Génova, la causa antiglobalizadora tiene, incluso, su primer mártir, un joven italiano muerto a tiros por la policía. Las movilizaciones violentas obligan a los dirigentes a celebrar su reunión preparatoria de la próxima cumbre comercial en Doha, en el Emirato de Qatar, aislados por el desierto arábigo y bajo la protección de un régimen totalitario.

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 y la reacción norteamericana con el ataque a los talibán en Afganistán, suponen una nueva vuelta de tuerca a la tensión entre globalización y antiglobalización. Las declaraciones de Bush sobre el Protocolo de Kyoto, la denuncia por Washington del Tratado antimisiles, el apoyo norteamericano a la represión de Sharon contra los

palestinos, el anuncio de medidas bélicas contra el «eje del mal» constituido por Corea del Norte, Iraq e Irán, excitan en contra al movimiento antiglobalización, que trató de imponerse en la Cumbre de Johannesburgo sobre derechos humanos, y que consigue un éxito con el Foro de Porto Alegre en este mismo año 2002. Por contraste, la reunión de Davos en el Waldorf Astoria de Nueva York se presenta a la defensiva, y es fustigada nada menos que por el Secretario General de la ONU, Kofi Annan. Recordemos que ya el presidente del Banco Mundial, Wolfensohn, había entonado su *mea culpa* en la reunión de Praga, y que, tras la crisis argentina, el Fondo Monetario Internacional relaja sus rígidos criterios para la concesión de créditos, accediendo a considerar factores no exclusivamente financieros en su política de préstamos internacionales.

Pero el mayor apoyo que haya podido esperar nunca el movimiento antiglobalización le viene ahora de su principal enemigo: la decisión del Presidente Bush de aumentar en un 30% los aranceles del acero, cerrando así la vía a nuevas liberalizaciones. El panorama inmediato es de reapertura de las guerras comerciales entre los Estados Unidos y Europa, que parecía que había llegado a su fin tras el acuerdo sobre el plátano entre el Comisario Lamy y el negociador norteamericano Robert Zoellick.

3. Las ventajas de la globalización y sus resortes

Para los países desarrollados, el actual proceso de globalización ha traído beneficios de diversa índole. Nunca se había alcanzado un nivel de vida tan elevado en una zona tan extensa y durante tanto tiempo. La Europa occidental, Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Japón,

Taiwán, Hong Kong, Singapur y Corea del Sur se benefician hoy de un gran desarrollo industrial, un alto nivel de actividad económica y de consumo, e incluso de una calidad de vida sin precedentes gracias a las medidas sociales y ambientales que pueden

distorsión en el funcionamiento del capitalismo mundial, al limitar la competitividad.

También por definición sólo un régimen capitalista puede beneficiarse del sistema globalizador, al ser el único que ofrece los elementos competitivos que permiten

optimizar las relaciones económicas internacionales.

Los resortes del modelo económico capitalista globalizador se encuentran en el desarrollo de la cultura occidental, principalmente desde el Renacimiento y la Revolución industrial, pero incluso antes. Así, Max Weber, en su ensayo sobre *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* no se



Mural contra el Tratado de Libre Comercio

tomar los gobiernos de los países ricos en beneficio de sus ciudadanos.

El grupo de países que disfrutan hoy de las ventajas del proceso de globalización tiene dos factores en común: el sistema económico capitalista y la democracia política. Es cierto que algunos regímenes autoritarios alcanzaron cierto grado de desarrollo económico bajo la tutela y con el apoyo de los Estados Unidos: la segunda parte de los regímenes de Franco en España y de Pinochet en Chile, la primera parte del régimen de Suharto en Indonesia, por ejemplo. Pero la precariedad de las dictaduras introduce un factor de incertidumbre que hace que las ventajas de la globalización sólo se produzcan de modo efectivo en democracias consolidadas, como la España democrática a partir de 1976 y Chile tras la salida de Pinochet. La correlación entre democracia y capitalismo globalizador no es accidental, sino esencial, pues los regímenes autoritarios establecen elementos de

limita a poner de relieve la influencia del calvinismo y otras doctrinas protestantes sobre el capitalismo, como indica el título de la obra, sino también la vinculación entre esa ética protestante y movimientos cristianos anteriores, monacales principalmente, que exaltaron la ética y la disciplina del trabajo, desde el *ora et labora* hasta la vida reglada por el horario de las plegarias. Las instituciones de derecho privado, como los contratos o la propiedad, en que se apoya el sistema capitalista, remontan sus orígenes a la República romana, y algunas instituciones de derecho marítimo, como la «echazón» marina, a la *lex Rhodia de iactu* de la Grecia clásica. Los instrumentos mercantiles como el cheque, el pagaré o la letra de cambio, así como la banca, son inventos de las ciudades medievales italianas, y permiten la aparición de las primeras familias capitalistas, como los Pitti o los Medici en Florencia. Henri Pirenne ha puesto de relieve, en sus estudios sobre el desarrollo

CATHARUM

capitalista en el Medievo occidental, cómo el sistema de organización del trabajo de las órdenes religiosas generaba excedentes de alimentos que daban vida a los mercados de las primeras ciudades en las que residían los artesanos y comerciantes. Las sociedades mercantiles y el conjunto de instrumentos documentales a que dan hoy lugar se originan en los Países Bajos en relación con el comercio colonial, y se desarrollan luego en Inglaterra, en Francia y en Alemania en un sistema de libre competencia frente al rígido sistema de regalías que pretende mantener la Corona de Castilla en su Imperio colonial a través del Consejo de Indias y de la Casa de Contratación de Sevilla. La asfixia que este sistema regaliano produjo a la economía española llevó a una dependencia de la monarquía de los banqueros alemanes, los Welser y los Fuggar (Fúcar en España), que llegaron a administrar directamente una parte del Imperio español (Venezuela), tras el endeudamiento de la monarquía documentado por don Ramón Carande en su *Carlos V y sus banqueros*.

El sistema capitalista consiste en la organización racional del trabajo formalmente libre. Aunque sus orígenes se hallan en la Edad Media Occidental, en los conventos y en los gremios artesanos de las ciudades, su desarrollo no fue posible hasta el siglo XIX, tras las revoluciones que proporcionaron libertad a las clases trabajadoras. Las explotaciones agrícolas medievales se basaban en el trabajo forzoso de los siervos de la gleba, adscritos a la tierra, y que todavía sobrevivían en la Rusia del siglo XIX. Aunque en la Edad Media, «el aire de la ciudad hace libre», los siervos que escapaban a los señores para refugiarse en las ciudades, no pasaban a integrarse en un mercado de trabajo libre, ya que éste se encontraba rígidamente regulado por los gremios o corporaciones, bajo advocación religiosa, con obligaciones de secreto bajo

juramento y estructurados en estamentos de aprendices, oficiales y maestros, en ciudades dominadas por una oligarquía local o bajo la protección de un príncipe civil o eclesiástico.

La liberación efectiva de la mano de obra sólo se produce en la Inglaterra del siglo XVIII, tras la Revolución industrial, cuando la máquina de vapor y las hilaturas mecánicas tiran de una masa de trabajadores sin especializar que atienden la producción masiva de tejidos que pueden ahora competir con precios bajos en cualquier parte del mundo.

La globalización del sistema capitalista que se produce tras la Revolución americana, la Revolución francesa y las otras revoluciones europeas, ha sido bien descrita en *El Capital* de Carlos Marx. Sus profecías sobre el agotamiento del sistema y su desintegración bajo su propio peso no se han cumplido, principalmente porque el movimiento socialista que el marxismo generó, en su versión socialdemócrata, flexibilizó el sistema capitalista, limitó sus excesos y humanizó el sistema hasta hacerlo aceptable para una gran mayoría de la población.

La historia social del siglo XIX y de la primera parte del siglo XX en Europa y América del Norte puede ser bien descrita en términos de la dialéctica de la lucha de clases. Del enfrentamiento entre capitalismo y socialismo salió la síntesis del Estado del bienestar que ha permitido optimizar, paradójicamente, los resultados económicos del capitalismo. En Estados Unidos, la Guerra civil de 1861-1865 consolidó el sistema capitalista con la liberalización de los esclavos del Sur, que, unidos a los inmigrantes europeos, darían una masa de trabajadores libres que permitiría el desarrollo de una industria competitiva. Mientras que en Europa le correspondería al socialismo democrático domesticar los excesos del capitalismo,

en Estados Unidos fueron los sindicatos, en un principio inspirados en el anarquismo, los que, organizando las masas de inmigrantes, marcan el contrapunto al capitalismo monopolista. Los presidentes Franklin Delano Roosevelt, Truman, Eisenhower, Kennedy y Johnson, apoyándose en mayorías del Partido Demócrata, o en coalición con republicanos liberales, introdujeron medidas socialdemócratas que no sólo sacaron al país de la depresión, sino que elevaron el nivel de vida del conjunto de la población a una altura que en los años de preguerra nadie habría podido soñar. El lema de Truman de «dos pollos en cada puchero y un coche en cada garaje», se convertiría con Eisenhower (un presidente demócrata elegido como republicano) en «dos coches en cada garaje», y con Kennedy en «un televisor en cada habitación». En veinte años, de 1932 a 1952, los obreros americanos pasaron de hacer colas para recibir sopa caliente, a enviar a sus hijos a la Universidad, mientras que la economía norteamericana pasaba a ser la primera del mundo.

En Europa, la transformación social del sistema capitalista sería mucho más dolorosa. Sólo en el Reino Unido y los países nórdicos el proceso se llevó a cabo sin conflictos bélicos, gracias a la aceptación por las clases dominantes del acceso al poder de gobiernos socialistas. En el resto del continente, las transformaciones que propugnaba el socialismo fueron el resultado de una larga agonía del viejo sistema que, en sus estertores, produjo las monstruosidades del fascismo italiano, del nazismo hitleriano y del franquismo. Más al Este, el marxismo llamado «ortodoxo» de Lenin y Stalin, no sólo se enfrenta al capitalismo sino también a la democracia que lo sustenta. Tras tres cuartos de siglo de marxismo-leninismo, Rusia y sus países satélites, después de 1945, tratan de incorporarse al

sistema democrático-capitalista mundial con un enorme retraso y en situación de desventaja competitiva, como nueva «periferia» frente al «centro» desarrollado que constituyen Europa occidental, Norteamérica y la Commonwealth blanca, Japón y los cuatro dragones del Extremo Oriente.

4. Desventajas del sistema capitalista y limitaciones a la globalización

El sistema democrático capitalista ha permitido desarrollar las sociedades más avanzadas y de mayor nivel y calidad de vida que hayan existido nunca. Sin embargo, el sistema no es perfecto, y sus disfunciones siguen siendo evidentes.

En primer lugar, el sistema capitalista se basa en la «libre competencia». Pero en el capitalismo ésta es sólo un modelo de difícil realización. La optimización del capitalismo se produce en sistemas de oligopolio que permiten grandes concentraciones de capital que, a su vez, facilitan la inversión en nuevas tecnologías y bienes de equipo capaces de elaborar productos de calidad a bajo precio. Si la competencia fuera perfecta, los precios igualarían a los costes, lo que anularía los beneficios y desanimaría la inversión. El empresario capitalista concede un lugar importante a la seguridad, como señalara John Maynard Keynes, y ésta sólo se la dan los mercados oligopólicos. El proceso de acumulación del capital que describiera Marx en sus fases incipientes en la segunda mitad del siglo XIX se ha acelerado en las últimas décadas del siglo XX de tal modo que bastan los dedos de la mano para enumerar los productores en ciertos sectores como el automóvil, la aviación o la electrónica. El poder financiero se ha concentrado también y está fuertemente cartelizado en el ámbito internacional.

Esta concentración del capital y de la

producción ha ido acompañada de otro fenómeno que también describiera Marx: la proletarización de las clases medias. Aunque en los países capitalistas subsiste la pequeña empresa, y el «capitalismo popular» permite a amplios sectores de la población participar en los beneficios del sistema capitalista, la mayor parte de los ciudadanos son «proletarios», es decir, que no tienen otro capital que su «prole», destinada igualmente a alimentar las necesidades de mano de obra del sistema capitalista, y se ven obligados a vivir de su trabajo.

En el sistema democrático, la proletarización de las clases medias constituye uno de los factores de crecimiento de los partidos socialistas. La precariedad del empleo, la inseguridad ante el futuro y la falta de recursos para atender contingencias como la enfermedad o los accidentes, han impulsado la aparición del «Estado providente» o «benefactor» que garantiza el empleo, las pensiones, las atenciones médicas, la educación y el transporte público, además de las funciones tradicionales de defensa, seguridad y justicia.

Aún así, el Estado benefactor no ha acabado del todo con la marginación. En los países más desarrollados y de mayor nivel económico subsisten bolsas irreductibles de marginación y pobreza, formadas por personas inadaptadas, de mayor edad, deficientes físicos o mentales, enfermos, de bajo nivel cultural e inmigrantes. En especial, el fenómeno de la inmigración de gentes de países en desarrollo atraídos por la riqueza del mundo desarrollado, está creando sociedades duales en las que el color, la cultura, la lengua o la religión actúan como barreras infranqueables.

Pero las mayores dificultades subsisten a consecuencia de la división del mundo entre un «centro» y una «periferia», o varias «periferias», que hacen que el progreso de los más desarrollados contraste con

amplias zonas de países marginados, con desniveles de desarrollo económico, social, político y cultural difíciles de superar.

5. Factores endógenos y exógenos que limitan los beneficios de la globalización

Desde que la Escuela cepaliana identificara el enfrentamiento «centro-periferia», una especie de «ley de hierro» parece cerrar el paso a la integración en el mundo globalizado de los países del llamado «Tercer Mundo», o, como diría Pierre Moussa, de las «naciones proletarias». Esa «ley de hierro» es aplicable particularmente al continente africano, relegado al papel de suministrador de materias primas, y aquejado de forma recurrente por crisis violentas que hacen retroceder aún más sus estructuras políticas, económicas y sociales: guerra civil endémica en Sudán, crisis casi permanente en el «Cuerno de África», crisis de los países ribereños de los Grandes Lagos, guerra civil prolongada del Zaire-Congo, guerra civil de Angola, enfrentamientos religiosos y tribales en Nigeria, guerra civiles del Chad, crisis de Sierra Leona y Liberia, etc. El extraordinario desarrollo del SIDA y de otras enfermedades infecciosas, la incapacidad para crear instituciones democráticas permanentes, la falta de procesos de industrialización, la generalización del analfabetismo y la sucesión de golpes de Estado ofrecen un panorama poco halagüeño de un continente del que se esperaba mucho con el inicio del proceso de descolonización hace medio siglo.

El éxito de los países del África subsahariana se mide sólo por la capacidad de ajustar los recursos que obtienen a través de la exportación de materias primas a las necesidades vitales de su población y a mantener una cierta estabilidad política y social. Éste es el caso en la actualidad de países como Senegal, Guinea,

Ghana, Costa de Marfil, Kenia, Tanzania, Congo-Brazaville, Lesotho o Botsuana. Un gigante económico, como Nigeria, que exporta diariamente dos millones de barriles de petróleo, tiene dificultades para mantener el bienestar de su población de 120 millones (un sexto de la población del Continente), expuesta a explosiones periódicas de violencia intertribal. La economía sudafricana, la más potente de África, proporciona un alto nivel de vida a la minoría blanca, pero no permite sacar de los *ghettos* a la población negra empobrecida, en la que el sida y otras enfermedades infecciosas hacen estragos. La fertilidad africana apenas compensa las pérdidas humanas por enfermedad, y la población resulta, en todo caso, excedentaria, ya que las débiles economías africanas no tienen capacidad de absorción de mano de obra. El excedente de población se desperdicia en guerras civiles o se exporta a Europa, casi siempre como emigración ilegal y no bienvenida.

El mundo árabe y musulmán, de Marruecos a Indonesia, ofrece un panorama más complejo. Los países productores de petróleo han mejorado, en general, el nivel de vida de sus ciudadanos y varios de ellos han aprovechado sus recursos para estimular el desarrollo industrial: Libia, Arabia Saudita, Emiratos, Siria, Irán, Irak, Malasia, Indonesia. Algunos, como Dubái o Túnez, han aprovechado su renta de situación para beneficiarse del desarrollo turístico. Algunos países petroleros, como Argelia e Iraq, se han visto frenados en su desarrollo por conflictos internos o internacionales. Otros, como Marruecos, Egipto, Jordania, Paquistán o Bangladesh, se encuentran aquejados de una situación crónica de desajuste entre recursos y crecimiento demográfico que abre interrogantes sobre su futuro.

Los países asiáticos herederos de

grandes culturas (China, India, Hong Kong, Taiwán, Corea del Sur, Singapur, además del Japón), llegaron a finales del siglo XX con un gran empuje económico resultado de la adaptación de su población a las nuevas realidades económicas. Así, los hindúes, recurriendo a su rica tradición matemática, dominan la técnica informática, y se han convertido en inmigración deseada, por su alto nivel de preparación y aptitud para el trabajo. Ceilán (Sri Lanka) se encuentra paralizada por una larga guerra civil. La dictadura militar en Birmania es hoy un obstáculo para el desarrollo de este país, con un menor desarrollo que otros países del Sudeste asiático como Filipinas, Indonesia, Malasia o Vietnam. En definitiva, sería injustificado un juicio negativo sobre las posibilidades de desarrollo del continente asiático, a la vista de la capacidad de adaptación de sus pueblos al cambio tecnológico y la aceptación de pautas culturales occidentales en economía y política. Incluso el gigante chino parece estar dispuesto a salir de su letargo con una vigorosa industrialización, que podría preludear un proceso de democratización similar al que se ha producido en otros países asiáticos.

En áreas más próximas culturalmente, como la Europa oriental, Rusia y la América latina, tampoco se justifica un pesimismo cósmico. En general, los países del antiguo bloque soviético han progresado en el terreno económico y están consolidando sus estructuras económicas. La democracia se ha generalizado en América Latina, y en cada uno de los países del área se hacen esfuerzos para superar el subdesarrollo económico, en algunos casos con éxito aparente (Chile, México), en otros con sobresaltos (Argentina, Colombia), y en todos con dificultades y problemas políticos. Pero nadie niega el potencial para la democracia,

CATHARUM

el desarrollo y el cambio social del espacio latinoamericano.

En el actual proceso de globalización, un análisis caso por caso demuestra que en diferentes culturas y áreas geográficas la reacción a la globalización ha sido muy diversa. Nada hay peor que el pesimismo determinista, pues el ser humano tiene gran capacidad de resistencia y de adaptación al medio. Aunque los factores exógenos y la dependencia hacen difícil superar el subde-

mediante donativos o concesiones de los países desarrollados. El verdadero motor del desarrollo ha de encontrarse en los propios países en desarrollo, en sus culturas, en su ética del trabajo, en su capacidad de adaptación al cambio, en la incorporación de sistemas democráticos de organización sociales y políticos y en la reforma de sus administraciones. La cooperación cultural y la propagación intelectual son mucho más útiles para el desarrollo que una transferencia



Ciudad dormitorio

sarrollo, la determinación de los decisores sociales y la penetración de las concepciones democráticas permiten superar, al menos, parte de los inconvenientes. Si bien es cierto que los países en desarrollo necesitan de la comprensión y la ayuda de los países desarrollados, no hemos de pensar que la integración del tercer mundo en los beneficios de la globalización se produzca

material de recursos. Potencialmente, todos los países en desarrollo podrían convertirse en países desarrollados en el curso de una generación, como ha hecho Corea del Sur. Los países desarrollados podemos y debemos actuar como catalizadores de esa transformación, facilitar su acceso a nuestros mercados y ayudar con medios económicos a su adaptación al cambio. Pero

corresponde a los propios pueblos y a sus gobiernos adoptar las medidas que les permitan llevar a cabo el salto hacia adelante en la modernización que haga posible aprovecharse de las ventajas de la globalización.

6. La falta de un gobierno mundial y de políticas de cohesión de ámbito mundial

El coste de los procesos de adaptación a la globalización es, en todo caso, elevado, y recae, principalmente, sobre las sociedades que tratan de modernizarse. No existe un gobierno mundial que pueda llevar a cabo políticas de cohesión y actúe como «Estado providente». Lo más parecido a ese gobierno mundial es el sistema de organizaciones internacionales.

El actual sistema de organizaciones internacionales se diseñó entre 1944 y 1945. En parte estaba inspirado en el sistema de la Sociedad de Naciones. La ONU y el conjunto de organismos especializados son herederos directos de la Sociedad de Naciones y de las uniones administrativas creadas en la segunda parte del siglo XIX para fomentar la cooperación entre los gobiernos: Unión Postal Universal, Unión Telefónica Internacional, etc. Pero en la Conferencia de Bretton Woods, en Vermont, Estados Unidos, los norteamericanos introdujeron un elemento nuevo: la conducción de la economía mundial. Los antecedentes para estas organizaciones eran muy precarios. Se puede citar el Banco de Pagos internacionales, establecido para garantizar la devolución por Alemania de los créditos que recibía a través de los planes norteamericanos Dawes y Young, destinados a su vez a paliar los daños que a la economía alemana estaban produciendo las indemnizaciones de guerra impuestas por las potencias aliadas, cuyos efectos perversos ya había previsto John Maynard Keynes en su estudio sobre los *Efectos económicos de la paz*.

Los planes norteamericanos al término de la Segunda Guerra Mundial eran más ambiciosos. Se trataba de apoyar un nuevo orden económico mundial en el que los Estados no se refugiaron en barreras proteccionistas como hicieron en el período comprendido entre las dos guerras mundiales. Una de las organizaciones, el Banco Mundial de Reconstrucción y Desarrollo, tendría como misión principal ayudar a la reconstrucción de los países devastados por la guerra, situados principalmente en Europa, y su labor a este respecto fue muy eficaz, al ser luego respaldada esta acción por las ayudas especiales norteamericanas, primero a Grecia y Turquía y, luego, con el Plan Marshall, a casi toda la Europa occidental. Su segunda misión, la ayuda al desarrollo, se desarrollaría fuera de Europa, en América Latina, Asia y África. Se trataría, sobre todo, de ayudar en proyectos de infraestructura. En este caso, el Banco Mundial constituye el más importante instrumento de cohesión, en particular en relación con las Naciones Unidas, en el marco de los programas de ayuda al desarrollo.

El Fondo Monetario tendría una función más economicista: establecer un sistema de pagos internacionales que impidiera la vuelta a las medidas unilaterales de protección de las monedas, las devaluaciones competitivas y las restricciones cambiarias, que constituyen un verdadero obstáculo al comercio internacional.

La dificultad a finales de la Segunda Guerra Mundial residía en que el único país que contaba con medios de pago eran los Estados Unidos. Durante la guerra, las reservas monetarias de los países europeos habían pasado a Fort-Knox para adquirir con ellas armas, alimentos, medicamentos y otros productos vitales para la supervivencia.

En representación del Gobierno británico, Keynes sugirió en Bretton Woods

CATHARUM

un sistema de *clearing* o compensaciones que permitiera pagar sobre la base de créditos obtenidos mediante exportaciones. Dexter White, representante norteamericano, defendió el mantenimiento de un patrón oro que permitiera movilizar las reservas de su país para reactivar la actividad económica mundial. El resultado fue el sistema del «patrón cambio-oro» en el que el dólar norteamericano, respaldado por los recursos federales en oro, actuaba como moneda de reserva, con un cambio fijo de 35 \$ la onza de oro. El Fondo, constituido por monedas nacionales y reservas de los países miembros, permitiría a sus miembros obtener préstamos en monedas nacionales o en dólares, recurriendo a diferentes niveles de recursos comunes según las circunstancias.

El sistema monetario también recibió un apoyo importante con el Plan Marshall norteamericano, que efectuó una transferencia neta de recursos a los países de la Europa occidental a partir de 1949. Posteriormente sería objeto de adaptaciones, en especial durante la presidencia de Nixon, a finales de los años sesenta, que suprimió la paridad fija del dólar con el oro, y de sucesivas ampliaciones de recursos. Ahora bien, los préstamos del Fondo Monetario están sujetos a condiciones estrictas, que se traducen en la incorporación por los Estados receptores de políticas restrictivas del gasto, con la consiguiente reducción de las políticas sociales nacionales y el peligro de perturbaciones sociales como las que se han producido en Argentina recientemente.

El sistema tenía que completarse con una organización comercial. A este efecto se reunió en La Habana una «Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Empleo». La Conferencia adoptó la Carta de una «Organización Internacional de Comercio». Pero los Estados Unidos se negaron a ratificarla debido a las limitaciones que introducía al comercio libre en beneficio de

los países de menor desarrollo económico. En su lugar, un acuerdo provisional sobre aranceles y comercio (GATT), firmado en Ginebra en 1947, sería la base para el desarrollo de un sistema mundial de comercio libre y acabaría desembocando en la Organización Mundial de Comercio establecida en Marraquech en 1994.

Este sistema se ha completado con otro conjunto de organismos económicos de base regional: bancos y organizaciones económicas regionales como la Unión Europea, ASEAN o NAFTA.

Desde la perspectiva de los países desarrollados, el sistema está funcionando bien. Pero para muchos de los países en desarrollo las reglas de juego son imposibles. La cuestión está, sin embargo, en que estas organizaciones son las únicas que tenemos. No tendría sentido destruirlas. Habría que pensar más bien en reformarlas.

7. El sistema capitalista internacional

Las organizaciones económicas internacionales actúan sólo como guardaguajas del sistema capitalista mundial. Los flujos de capital y mercancías están en manos de grandes empresas privadas. Aunque el Grupo de los 8, el Fondo Monetario, el Banco Mundial y la Organización Mundial de Comercio pueden influir en la toma de decisiones de las empresas privadas, la estrategia de ésta viene determinada por las perspectivas de beneficios y de seguridad de las transacciones. Los flujos de capital no se mueven a toque de corneta de los decisores políticos, sino sobre la base de movimientos de los mercados. Las exportaciones e importaciones y la prestación de servicios están apoyadas por transacciones financieras que requieren medios de pagos. Incluso los flujos de personas están determinados por consideraciones de interés individual y no por ningún procedimiento

colectivo de toma de decisiones.

En este ambiente descentralizado de los mercados mundiales, un discurso utópico solidarista puede encubrir comportamientos egoístas teñidos de moralina. Sin renunciar al desarrollo de un sistema mundial de organizaciones internacionales más solidario, el mensaje más útil para los países en desarrollo ha de ser didáctico. Muchos de estos países están incapacitados para beneficiarse de las ventajas de la globalización por el mantenimiento de estructuras internas no adaptadas a las exigencias de la actual sociedad capitalista mundial y, tras el fracaso de los regímenes marxista-leninistas, no se perciben alternativas realistas.

Hace cuarenta años, un profesor de Harvard y asesor del Presidente Kennedy, Walt Whitman Rostow, en una obra titulada *Las etapas del desarrollo económico* y subtitulada *Un manifiesto no comunista*, señaló la correlación entre el establecimiento de administraciones públicas eficaces y el desarrollo económico. Aunque esta correlación puede no darse siempre, es impensable hoy ningún tipo de desarrollo sin algún tipo de administración moderna que permita la actuación de empresarios individuales pero que persiga la defensa del interés público, garantice la seguridad y vele por la justicia y la equidad en los sistemas sociales. El desarrollo de tales administraciones, que requiere un alto nivel cultural de las poblaciones, puede explicar el despliegue de las economías de las grandes culturas del continente asiático, coreana, china, hindú y japonesa. La falta de una tradición de grandes administraciones puede explicar la incapacidad de la mayor parte del continente africano para adaptarse a las exigencias del sistema capitalista mundial. En general, en Asia, en América Latina y en la Europa oriental, el desarrollo sólo parece posible después de introducir alteraciones radicales en adminis-

traciones arcaicas y corrompidas. Se supone que los regímenes democráticos disponen de un margen más amplio de manobra para efectuar esas reformas necesarias, aunque no todos lo consiguen. Existe, así, una correlación entre democratización, modernización y reforma de la administración, con su consiguiente influencia en los procesos de desarrollo.

8. Conclusiones metodológicas

Tanto el movimiento globalizador de Davos como el movimiento anti-globalización son hoy doctrinas que arrastran apoyos emocionales suficientes para inducir a la movilización política. El movimiento globalizador defiende posturas liberales, contrarias a la intervención pública y atractivas para las clases medias y altas de los países desarrollados por la oferta de mejoras concretas en terrenos como la fiscalidad, el empleo, la competitividad o la calidad de los productos, y en tal sentido aglutina lo que hoy podemos llamar la «derecha mundial». El movimiento anti-globalización es, por el contrario, aglutinante de una nueva izquierda mundial y, también en los países desarrollados, es exponente de una opción política preocupada por la cohesión social y crítica con el liberalismo económico. La traducción de esta confrontación política al «Tercer Mundo» es difícil, por la pluralidad de lo que llamamos «Tercer Mundo» y la diferencia de percepciones.

Cuando los representantes de los países en desarrollo piden que se les facilite el acceso a los mercados de los países desarrollados y a sus fuentes de capital, están pidiendo más globalización. La oposición de esos mismos representantes a la introducción de consideraciones ambientales y sociales en el comercio internacional los alinea objetivamente con los globalizadores

liberales y en contra del movimiento antiglobalización. Por otro lado, los antiglobalizadores coinciden con los representantes del tercer mundo en la necesidad de que los países desarrollados expresen su solidaridad con los países más pobres con medidas como la condonación de la deuda y el aumento de la ayuda al desarrollo. No, en cambio, cuando se oponen a la apertura de los mercados a favor de productos del tercer mundo alegando consideraciones de política social o de protección del ambiente.

El enfrentamiento entre globalizadores y movimiento antiglobalización se coloca, así, en el centro del tradicional escenario político occidental, dando nuevos argumentos y nuevas armas a las tradicionales derechas e izquierdas occidentales. Cabe dudar, sin embargo, que esa política sea relevante fuera de Europa y América.

La realidad de la globalización no puede ser contrarrestada por movimientos entusiastas y movilizadores en los países más desarrollados. De hecho, los aspectos positivos de la globalización son deseados y buscados por los países en desarrollo. Desde el mundo desarrollado no podemos cerrar nuestros mercados a los productos de los países en desarrollo ni impedir su desarrollo industrial alegando consideraciones ambientales o rígidos criterios de competitividad laboral.

Cuando el Grupo francés Bolloré, que recibe una cuarta parte de sus beneficios, del orden de los 5.000 millones de euros, de sus inversiones en África y que da empleo en este continente a 40.000 trabajadores (caucho, aceite de palma, algodón, café, etc.), decide vender su negocio de tala de maderas en África para proteger la selva tropical por las presiones del Banco Mundial, cabe preguntarse si sus inversiones y empleos encontrarán sustitutos o, simplemente, desaparecerán de África.

En el lado positivo, se está formando

un consenso en el mundo desarrollado en el sentido de que medidas como la condonación de la deuda, la ampliación de los criterios de concesión de créditos y la ayuda exterior pueden contribuir a que los países en desarrollo mejoren su posición.

Del examen de la situación particular en diferentes regiones del globo, se puede deducir un cierto progreso en los países del tercer mundo sobre la base de su participación en los beneficios de la globalización; aunque en algunas zonas, como el África subsahariana, esos beneficios son menos aparentes.

La capacidad de los países en desarrollo para beneficiarse de la globalización depende fundamentalmente de dos factores: la capacidad cultural de la población para adaptarse a los cambios y la realización de reformas políticas y administrativas que transformen los poderes públicos en el sentido de una mayor transparencia, responsabilidad y corrección con respecto a los ciudadanos. Cuando ese fondo cultural existe y se llevan a cabo las reformas políticas y administrativas necesarias, los países suelen reaccionar en sentido positivo a las transformaciones sociales y económicas.

La conclusión metodológica más importante debe ser, pues, la renuncia a la generalización en este terreno, y la necesidad de estudiar las características de las diferentes regiones y países y su aptitud para adaptarse a los cambios que exige el proceso de modernización. La acción internacional de ayuda sólo puede tener resultados positivos en un ambiente propicio para el desarrollo, lo que requiere en muchos casos un proceso previo de transformación.

Lo que no resulta admisible en los momentos en que vivimos es un determinismo metodológico, tanto en el sentido optimista de que cualquier país o región puede beneficiarse en cualquier momento o circunstancia del proceso globalizador, como el

pesimista de que la situación geográfica o cultural cierra la puerta a toda modernización. El hombre se hace su propio destino y no hay nada escrito de antemano.

9. América Latina en la nueva etapa de la globalización

Como se señaló en la introducción, tras el fracaso de la estrategia de la sustitución de las exportaciones que inspirara la CEPAL en la década de los años setenta, y de los intentos de integración regional planificada, los países latinoamericanos, después de la restauración de la democracia y de la paz interna en la mayor parte del área, se embarcaron en políticas económicas neoliberales. El precedente más importante a este respecto fue el experimento del ministro Hernán Büchi durante la segunda parte de la dictadura de Pinochet en Chile. La represión militar y el aislamiento diplomático tras la represión que siguió al golpe del 11 de septiembre de 1973 habían llevado al país a un empobrecimiento sin precedentes y a la paralización del movimiento obrero reivindicativo. En estas condiciones, la adopción de medidas fiscales liberalizadoras y la facilitación de la inversión extranjera permitieron a la economía chilena encontrar nichos a la exportación de productos alimenticios en Europa en condiciones competitivas. El éxito de la política liberalizadora de Büchi ha impedido una vuelta atrás en la democracia, y los diferentes gobiernos democráticos posteriores de Aylwin, Frei y Lagos, se han limitado a suavizar con medidas sociales los excesos neoliberalizadores.

El segundo experimento neoliberalizador lo llevó a cabo el tándem Carlos Menem-Domingo Cavallo tras el rotundo fracaso económico del gobierno democratizador de Raúl Alfonsín. La dolarización permitió poner fin a la

hiperinflación y asentar las bases de una nueva economía neoliberal.

Los éxitos neoliberales en Chile y Argentina animaron a otros gobiernos, y pronto las fórmulas neoliberales hicieron escuela en la América latina. Cabe señalar a este respecto las políticas de Salinas de Gortari, en México de 1988 a 1994, y de Carlos Andrés Pérez, en Venezuela, durante su segunda presidencia de 1989 a 1994. El cepaliano Cardoso en Brasil, Fujimori en Perú y Noboa en Ecuador también propugnaron medidas neoliberales, con una creciente dolarización de las economías latinoamericanas. Se abandonan, además, los intentos de integración planificadora (Pacto andino e integración centroamericana) y se ensaya un nuevo tipo de integración basada en la liberalización de los mercados. El ejemplo de este nueva forma de integración lo constituye el MERCOSUR.

Ahora bien, la crisis argentina pone en duda la eficacia del modelo de desarrollo neoliberal y del nuevo modelo de integración supranacional. Argentina se ha vuelto a endeudar internacionalmente y ha tenido que renunciar a la dolarización. Las sucesivas devaluaciones del real brasileño fueron uno de los factores de la crisis argentina y han puesto de manifiesto la dificultad de una integración supranacional a base de medidas meramente liberalizadoras sin armonizar las políticas económicas. El experimento liberalizador de Carlos Andrés Pérez llevó al «caracazo» de 1989, al intento de golpe militar de 1992 y, tras una presidencia de transición de Caldera, a la crisis del sistema bipartidista en 1999 y el acceso al poder de un militar golpista y populista, Chávez, por la vía democrática. También fracasaron los intentos liberalizadores de Salinas de Gortari en México y de Fujimori en Perú.

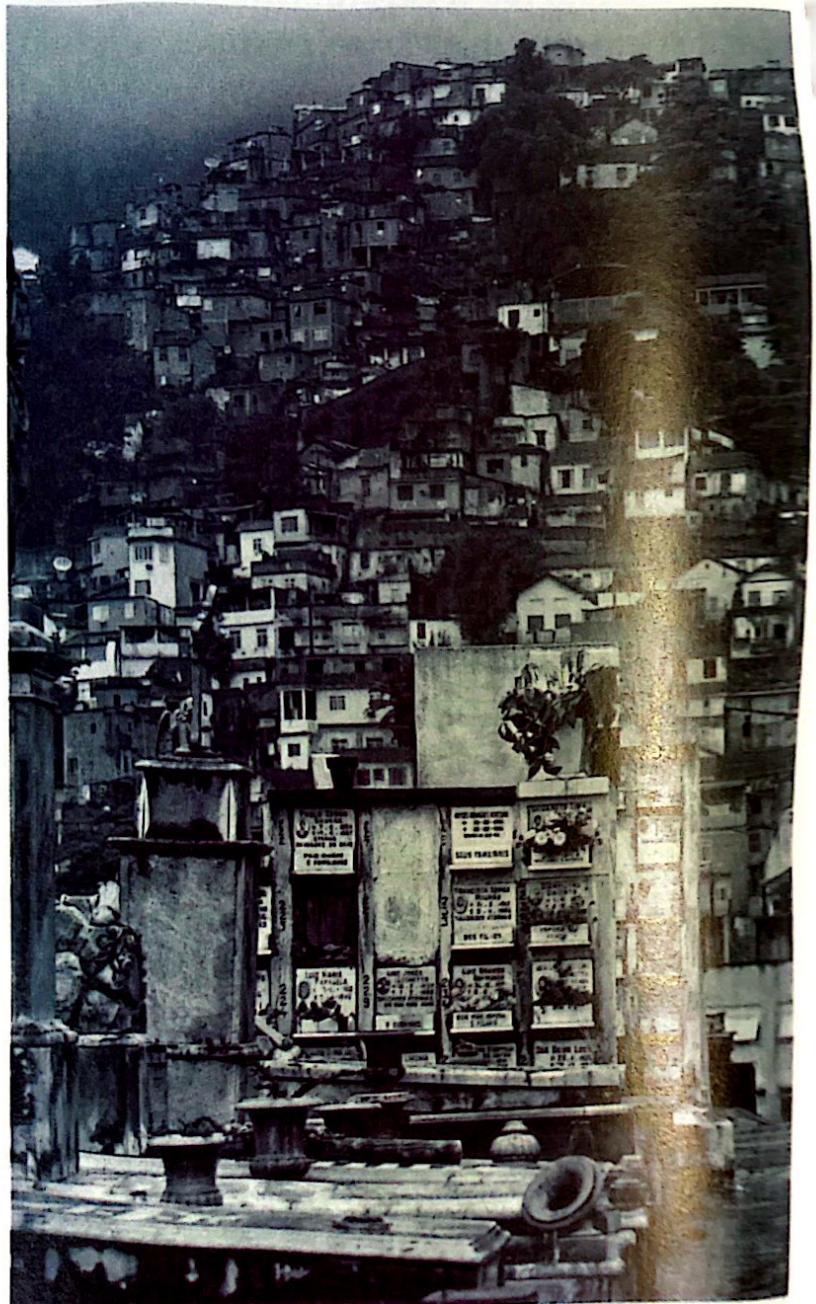
Es posible que la solución en Iberoamérica no esté ni en el keynesismo

cepaliano ni en el neoliberalismo pleno de Domingo Cavallo, sino en una nueva tercera vía que parecen seguir dirigentes como Cardoso en Brasil, Lagos en Chile y Fox en México, que combinan la liberalización económica con medidas de política social que mantienen un cierto nivel de cohesión en un continente empobrecido.

En cuanto a los procesos de integración supranacional, fracasada la integración planificadora de la Comunidad andina y de la América central, sólo quedan de hecho dos alternativas en marcha: la integración de los países de América en una gran zona de libre comercio americana dirigida por Estados Unidos, o la continuidad de un proyecto regional de integración flexible que representa el MERCOSUR. Por ahora, el éxito relativo de la integración de México en la zona de libre comercio de la América del Norte (NAFTA o ALCAN) constituye un poderoso estímulo para otros países de América, como Chile, a integrarse en la gran zona de Libre comercio de las Américas (ALCA) propuesta por Clinton y que Bush no ha abandonado. A pesar de la crisis argentina, los países del MERCOSUR no han renunciado a una alternativa integradora subregional. Cardoso se ha convertido, así, en el paladín de la integración subregional latinoamericana. Otros países de la América del Sur, como Chile y Bolivia, dirigen su mirada igualmente hacia el MERCOSUR, y se habla de una posible fusión de éste con la Comunidad Andina, aunque los problemas políticos de Colombia y Venezuela no faciliten las cosas. El área caribeña, que prosigue sus

propios esfuerzos integradores en la forma de un Mercado Común del Caribe (CARICOM), también se siente atraído por una u otra alternativa. América central, en cambio, tras la pacificación y la integración de las guerrillas en la vida política democrática, parece encaminarse, con presidentes conservadores, a una mayor aproximación a los Estados Unidos, siguiendo el ejemplo de México.

En cuanto a la integración del conjunto de las economías latinoamericanas en la economía mundial a través de la OMC, el FMI y las restantes organizaciones económicas internacionales, está claro que cualquier solución autárquica, como la negativa del Perú a pagar la deuda externa durante la



Favelas de Río de Janeiro

presidencia de Alan García, produce resultados catastróficos en las economías de la región, que siguen necesitando de las inversiones extranjeras y del comercio internacional. Pero no cabe hacerse ilusiones sobre una mejoría sustancial de las economías latinoamericanas a través de la integración internacional, ya que, hasta ahora, ninguna de esas economías ha conseguido alcanzar la competitividad de las economías del Japón y los «cuatro dragones» del Extremo Oriente.

Para que se pueda traducir la integración internacional en un aumento de la capacidad competitiva, serían necesarios cambios estructurales profundos en las economías y en las sociedades de la América latina que no aparecen alcanzables a corto plazo. Sin el colchón de sistemas regionales de integración no es previsible que los pueblos de la América latina puedan beneficiarse de la globalización en un futuro inmediato.